

Ana Requena Aguilar

# Feminismo vibrante

*Si no hay placer,  
no es nuestra revolución*



Los últimos años han sido los de la ruptura del silencio: en todo el mundo miles de mujeres han compartido sus experiencias de violencia y acoso sexual. Pero ese discurso, necesario, debe ir acompañado de otro: el del placer de las mujeres. Frente al terror sexual, el feminismo pone sobre la mesa el deseo, la autonomía sexual, el derecho de las mujeres a ser sujetos del sexo y del placer y no solo objetos. El camino no es fácil: la sexualidad ha sido una de las armas del patriarcado para disciplinar a las mujeres. Por eso, ahora más que nunca, necesitamos afianzar un relato feminista que nos permita combatir los estereotipos que aún nos lastran, reconstruir el deseo y la forma en que nos relacionamos, y conquistar el derecho al placer. Quizá por eso un juguete sexual como el Satisfyer está causando furor y sirviendo para que las mujeres rompan el tabú sobre su masturbación. Pero hay que hablar también de la otra parte: en muchas ocasiones cuando las mujeres ejercen su derecho al deseo encuentran la hostilidad masculina. El *ghosting*, el desprecio, la espera injustificada, la venganza, la insatisfacción o el sexo sin ápice de cuidados son algunas de las reacciones que encontramos. ¿Qué ha cambiado entonces?, ¿y qué podemos hacer?

# **FEMINISMO VIBRANTE.**

## **SI NO HAY PLACER, NO ES NUESTRA REVOLUCIÓN**

Ana Requena Aguilar

Los últimos años han sido los de la ruptura del silencio: en todo el mundo miles de mujeres han compartido sus experiencias de violencia y acoso sexual. Pero ese discurso, necesario, debe ir acompañado de otro: el del placer de las mujeres. Frente al terror sexual, el feminismo pone sobre la mesa el deseo, la autonomía sexual, el derecho de las mujeres a ser sujetos del sexo y del placer y no solo objetos. El camino no es fácil: la sexualidad ha sido una de las armas del patriarcado para disciplinar a las mujeres. Por eso, ahora más que nunca, necesitamos afianzar un relato feminista que nos permita combatir los estereotipos que aún nos lastran, reconstruir el deseo y la forma en que nos relacionamos, y conquistar el derecho al placer. Quizá por eso un juguete sexual como el Satisfyer está causando furor y sirviendo para que las mujeres rompan el tabú sobre su masturbación. Pero hay que hablar también de la otra parte: en muchas ocasiones, cuando las mujeres ejercen su derecho al deseo encuentran la hostilidad masculina. El *ghosting*, el desprecio, la espera injustificada, la venganza, la insatisfacción o el sexo sin ápice de cuidados son

algunas de las reacciones que encontramos. ¿Qué ha cambiado entonces? y ¿qué podemos hacer?

*A Fina y Ana, mis abuelas*

# 1

## Introducción: la maleta

Este libro empieza con una maleta. Es de color violeta, mediana, de 67 por 46,5 centímetros, no sé cuántos de profundidad. La he comprado adrede para este viaje. Es agosto y he decidido irme ocho días a París, sola y sin expectativa de tener mucha compañía en la ciudad. Tengo 34 años, pero en solo cuatro meses, en medio del otoño madrileño, cumpliré los 35. En uno de los libros que he leído hace poco dicen que es la edad del desconsuelo, y la verdad es que en este momento me parece una definición muy acertada. Tengo los billetes y la reserva de un apartamento en Montmartre, pero me falta una maleta. Paseo por Madrid cuando la veo en el escaparate: morada y, por lo tanto, perfecta. La lleno con ropa y con libros y, dentro de la bolsa de aseo, meto mi pequeño vibrador de viaje. También es morado.

París resulta ser justo lo que necesitaba. Me da aire y espacio. Estoy a solas conmigo misma mucho rato y eso, para una madre de un niño que entonces aún no ha cumplido los cuatro años, es una sustancia casi extraña que pruebas como si estuvieras a punto de ingerir un alucinógeno. Me masturbo mucho, me masturbo muchísimo. Me masturbo cuando me despierto, o antes de acostarme. Me masturbo en el sofá del salón, que tiene vistas al Sacré-Coeur. Me masturbo en cualquier momento inesperado

del día, cuando vuelvo de pasear por el Boulevard Saint Germain, cuando siento que me aburro o mientras se cuecen los macarrones, cuando estoy escribiendo y necesito un parón o cuando pienso en sexo y mi cuerpo se desborda. El pequeño vibrador morado y alargado ocupa su sitio sobre la mesita de noche, resiste mis embates, una pila le basta para seguir zumbando. Soy madre, sí, y estoy sola de viaje y no echo de menos y me masturbo y deseo tener sexo; me imagino a amantes encima de mí, debajo de mí, detrás de mí, delante de mí. Soy el epítome del pecado, de lo que está mal, de lo que no cuadra en una mujer, al menos en la buena mujer que un día se inventaron y que está ahí, en las profundidades, para confrontar nuestras pequeñas liberaciones.

El último día, no sé bien cómo, acabo en una fiesta al lado del canal de Saint-Martin en la que la gente se menea y baila y hay quien termina por quitarse la ropa. Estamos en un bar de vinos, hemos cerrado la puerta y ponemos música atronadora mientras los dueños abren botellas y nos sirven vasos sin preguntar. Me he masturbado ese día, eso seguro, me masturbo todos los días con mi pequeño vibrador, pero aun así quiero más. No conozco a casi nadie pero las manos y los besos se reparten generosos y sin más preguntas que el asentimiento de quienes dan y reciben. Así que bailo y me arrimo y dejo escurrir mi cuerpo y sus fluidos.

A la mañana siguiente hago la maleta y me dispongo a coger un vuelo con resaca. No importa porque me noto eufórica, a punto de estallar, es una de esas veces en las que mi cuerpo me parece un instrumento sensual que puede, también, vibrar y emitir melodías. Ya en el avión ocupó mi sitio –ventanilla, menos mal– y apoyo la cabeza contra el fuselaje. Dos horas y media después, frente a una cinta de equipajes del aeropuerto Madrid-Barajas, espero mi maleta. Y espero y espero y espero. La cinta no se mueve y los que nos hemos arremolinado allí empezamos a

perder la paciencia. Pasa media hora y después otra. Empezan los rumores. «Parece que están revisando una maleta con algo sospechoso», oigo a mi lado. Entonces me viene una idea a la cabeza, se me aparece de repente, como esas pequeñas bombillas de los dibujos animados. Pero no puede ser, ¿de verdad será eso? Pienso en mi vibrador, mi pequeño amigo, en la bolsa de aseo. ¿Se habrá encendido en mitad del vuelo? ¿Será ese el problema de seguridad que nos tiene ahí esperando? La respuesta es sí.

No mucho después llega mi maleta. Violeta, casi nueva, con un candado numérico de seguridad... y vibrante. «Pon cara de mujer empoderada, pon cara de mujer empoderada, eres feminista», me digo mientras la recojo y sorteo a los demás pasajeros. Así que salgo de Barajas entre miradas sospechosas con una gran maleta morada y casi nueva que no deja de vibrar y con la confianza en mí misma luchando contra 34 años de estereotipos. El feminismo lo revuelve todo, pienso, incluso la seguridad en los aeropuertos. También lo que una creía haber aprendido sobre sí misma.

De camino a casa mi maleta sigue vibrando, la pila debe de ser de larga duración. Pienso en la vergüenza, o quizá era pudor, que he sentido en el aeropuerto. Se suma a otras vergüenzas, a otros juicios, que, si hago memoria, se remontan hasta mi adolescencia o incluso antes. Qué haces sentándote con las piernas abiertas en lugar de estar recogida, como las señoritas. Qué haces saliendo a la calle con esa falda tan corta, luego no te quejes. Qué haces recitando un poema de Bukowski en voz alta en medio de tu clase de literatura de segundo de bachiller –«y mi polla tiesa entró en el milagro»– cuando a los diecisiete las hormonas están mejor vistas en ellos y Bukowski aún te parece un transgresor. Qué haces teniendo sexo en «la primera cita». Qué haces enviando fotos subidas de tono sin que su receptor ni siquiera te lo haya pedido. Qué ha-

ces diciendo «así no», «cómeme el coño», «dame más». Qué haces deseando y haciendo saber que deseas. Qué haces pidiendo y proponiendo en lugar de callar, esperar, hacerte la dura, no vayas a dar tan fácilmente eso que quieren. Qué hace una madre viajando sola y masturbándose como una loca. Qué haces escribiendo sin esperar a que te escriban. Qué haces mostrándote sexual y esperando que los demás no vean solo a una loba. Qué haces queriendo un sexo salvaje pero también cuidadoso. Qué haces pensando que puede haber otras formas de quererse y de follarse. Qué haces comportándote así y esperando que luego te quieran, te aprecien, te contesten los mensajes, te vean.

De alguna manera, me digo, el sexo y el deseo siempre han estado ahí, atravesando nuestra identidad como mujeres para calificarnos, dividirnos, dañarnos, disciplinarnos, controlarnos. De alguna manera han conseguido que sintamos vergüenza o pudor, que el peso de los juicios y del miedo –a no ser creídas, a no ser deseadas, a no ser queridas– aplaste nuestra autonomía, nuestra expresión. Han hecho que sintamos nuestros cuerpos como lugares hostiles que controlar, que odiar y tratar de cambiar, siempre infructuosamente. Que finjamos orgasmos para complacer, para no tener «problemas», que domemos nuestro deseo con tal de parecer deseables para otros. Han conseguido que los placeres sean para nosotras actores secundarios y la culpa el plato principal, salvo cuando se trata del goce de otros.

Una tarde, en el espejo de mi habitación de París, me miro y me gusto. Me gusta mi cuerpo, pero, más allá de esa imagen física que veo, me gusta sentirme deseante, quizá más libre que nunca y aun así con tantos estigmas haciéndome daño todavía, algunos clavándose profundamente en mi estómago. Pero, al menos ahora, me digo, soy un sujeto, nunca más un objeto, aunque quizá sea demasiado arriesgado pronunciar «nunca». Recuerdo enton-

ces esa frase de Simone de Beauvoir, a la que he ido a ver al cementerio durante mi estancia, que dice que el feminismo es una forma de vivir individualmente y de luchar colectivamente. Recuerdo también que el feminismo es una manera de estar en el mundo. Y es justo ahí, pienso, entre lo colectivo y lo individual, entre el estar y el anhelo de estar aún mejor, donde el feminismo me ha hecho sentir sujeto y me ha ido dando armas que sigo usando como puedo.

Comparto la anécdota de la maleta con un par de personas que me quieren y les digo que quizá escriba sobre ello y sobre todo lo que me ha sugerido. Amables, me invitan a no hacerlo. Soy una periodista seria, me dicen. Desde ese momento hasta justo este en el que escribo no he parado de preguntarme qué coño tiene que ver mi placer y mi sexualidad con mi seriedad o con mi profesionalidad, con mis cualidades, con mi idoneidad para algo, con mi «valor». Es el patriarcado, amigas, el que metió todos esos conceptos en una coctelera y agitó para convertir el sexo y el placer en un arma, una más, con la que disciplinarnos. Así que abro un archivo de Word y empiezo este libro para seguir librando la batalla del feminismo, un feminismo del placer y del goce donde, siempre, lo personal es político.

Llego a casa y tumbo la maleta, que parece agotada de tanto disfrute. La abro y en mi bolsa de aseo encuentro ese pequeño vibrador que no deja de moverse. Lo apago y me pongo un aviso en el móvil: comprar pilas. Al final del día, mientras me tomo una cerveza y un pincho de tortilla para celebrar la vuelta a Madrid, saco de toda esta experiencia un consejo y una conclusión. El consejo: quitad la pila a vuestros juguetes sexuales antes de coger un avión, ahorraréis batería y evitaréis alarmas antiterroristas. La conclusión: «Si no puedo bailar, no es mi revolución», decía Emma Goldman; yo digo que si no podemos desear y gozar sin ser penalizadas no es nuestra revolución.

## 2.

### **Frente al terror sexual, el discurso del placer**

Hay un antes y un después desde el 6 de julio de 2016. Esa fue la noche en la que cinco hombres de entre 19 y 26 años violaron a una mujer de 18 en un portal de Pamplona. Desde ese día hasta la última sentencia del llamado caso de La Manada, dictada por el Tribunal Supremo en junio de 2019, pasaron casi tres años en los que la violencia sexual irrumpió en la agenda mediática, social y política. No voy a extenderme en unos hechos sobre los que ya se ha escrito mucho, pero sí quiero explicar qué tiene que ver todo eso con este libro y con la necesidad de un feminismo vibrante.

En los últimos años han confluído varios fenómenos que han hecho que la violencia y el acoso sexual, y la otra cara de la moneda –la autonomía sexual de las mujeres–, sean uno de los ejes centrales de la movilización y de las reivindicaciones feministas. En octubre de 2017 aparecía en *The New York Times* un artículo en el que las periodistas Jodi Kantor y Megan Twohey revelaban las acusaciones de abuso sexual contra al poderoso productor de Hollywood Harvey Weinstein. El caso fue el catalizador del #MeToo, un movimiento internacional que ha contribuido

a una ruptura histórica del silencio de las mujeres en torno al acoso y a la violencia sexual. Sin embargo, ese reclamo había sido lanzado en 2006 por la activista Tarana Burke después de una experiencia personal traumática. Entonces, esas dos palabras no eran un *hashtag* sino un movimiento comunitario con el que Burke trató de abordar la violencia sexual que las mujeres sufrimos. En 2017, justo después de que salieran a la luz los abusos de Weinstein, un tuit de la actriz Alyssa Milano convirtió ese #MeToo en una etiqueta en Twitter y lo demás es historia.

Pero si hacemos memoria encontraremos otros hitos que, sin duda, han contribuido a crear este clima de ruptura del silencio y de reivindicación acerca de la violencia sexual y del derecho de las mujeres a su autonomía. Más atrás en el tiempo, en 2011, comenzó la primera Marcha de las Putas. La movilización se inició en Canadá, después de que un policía, Michael Sanguinetti, afirmara en una conferencia que las mujeres no debían vestirse como putas si querían evitar sufrir violencia sexual. Las mujeres han replicado esa Marcha de las Putas en muchos otros países, especialmente en América Latina: Ecuador, México, Brasil, Argentina, Uruguay. La movilización ha sido una protesta colectiva contra los mensajes que culpabilizan a las mujeres de la violencia y el acoso sexual que sufren. «Yo decido cómo me visto y con quién me desvisto», «No quiero tu pipopo, quiero tu respeto», «Desnuda o vestida yo decido mi vida» o «Mi ropa no determina mi consentimiento» fueron algunos de los lemas de estas marchas que quieren ocupar el espacio público para romper el discurso culpabilizador y reclamar nuevos paradigmas.

En Estados Unidos, Donald Trump llegó a la presidencia en 2016 y se ha mantenido en el cargo a pesar de las acusaciones de abuso sexual y de las evidencias de su comportamiento machista y vejatorio hacia las mujeres. La Women's March (Marcha de las Mujeres) fue convocada un día después de su investidura, como reacción a unas

palabras de Trump filtradas a la prensa en las que el presidente hablaba de que a las mujeres había que «agarrarlas por el coño». En enero de 2017 la Marcha se convirtió en un evento multitudinario en Washington, comparado con las movilizaciones contra la guerra de Vietnam, y tuvo también otras marchas «hermanas» en otras ciudades del mundo. Sus reivindicaciones se ampliaron para hablar del derecho al aborto, los derechos LGBTI y el antirracismo. Algunas de las actrices que tomaron la palabra en el escenario lo hicieron para compartir experiencias de acoso o de hipersexualización que habían marcado sus vidas.

En España, todos estos antecedentes confluyeron en la investigación, el juicio y la sentencia de La Manada, un proceso que duró tres años. Aunque desde el comienzo del caso hubo concentraciones callejeras, las primeras grandes marchas se produjeron en noviembre de 2017, después de que se hiciera público que uno de los abogados de la defensa contrató a un detective para seguir a la chica tras la violación y su denuncia. Aunque el informe del detective finalmente no se tuvo en cuenta como prueba, fueron miles las mujeres que salieron a la calle hartas de que, una vez más, el foco se pusiera sobre la víctima y su comportamiento. «Nosotras sí confiamos en ella y estamos indignadas y cansadas de ver cómo constantemente las víctimas de violencia sexual son cuestionadas», decía Haizea Miguela, parte de la Comisión 8M de Madrid. Las movilizaciones se sostuvieron periódicamente –durante la investigación, la primera sentencia de la Audiencia Provincial o la puesta en libertad provisional de los condenados – hasta que el Supremo sentenció en junio de 2019 que lo sucedido en aquel portal de Pamplona había sido una violación. Los lemas fueron increíblemente parecidos a los que cientos de miles de mujeres exhiben en sus marchas de las putas: «No es no, lo demás es violación», «Sola, borracha, quiero llegar a casa», «Me visto como quiero y me desvisto con quien quiero».

El mensaje de fondo es el mismo: estamos hartas de una sociedad patriarcal que nos culpa cuando sufrimos violencia, y que busca avergonzarnos y callarnos, también a través del sexo y de nuestra sexualidad. Un sistema que escruta nuestra forma de vestir y de actuar, y que no ataja la raíz estructural de una violencia que nos oprime. Los mensajes eran también una advertencia: no estamos dispuestas a seguir viviendo en este sistema que niega nuestro derecho a una vida libre de violencias y nos escatima nuestra autonomía sexual. Una de las características de la efervescencia feminista de los últimos años es la lucha intergeneracional: mujeres de varias generaciones saliendo juntas a la calle y empujando por el cambio. No obstante, para cualquiera que estuviera en estas marchas alrededor del caso de La Manada fue evidente que las mujeres jóvenes jugaron un papel fundamental. No es casual que las jóvenes hayan convertido la violencia sexual en el eje de su lucha: pertenecen a esas generaciones a las que se les prometió libertad sexual y que, sin embargo, luego se topan con la justificación tradicional de esa violencia y con los mandatos y los estereotipos machistas de siempre.

Esta ruptura del silencio ha hecho que miles de mujeres compartan experiencias, en muchas ocasiones por primera vez, y que revisen su vida y encuentren episodios que habían escondido por miedo o vergüenza o porque simplemente cayeron del lado del «no le des tanta importancia, no seas una exagerada». De repente, la conversación pública ha girado alrededor de nuestra experiencia como mujeres y la violencia, el abuso, el acoso en todas sus formas, son parte indivisible de esa experiencia. No estamos hablando solo de violaciones, también de acoso callejero, de relaciones desiguales de poder, de presiones para tener sexo, de los gestos, comentarios, acercamientos y tocamientos que aguantamos en todo tipo de espacios.

Cuando en 2014 lanzamos el blog Micromachismos en *eldiario.es* para hablar de las experiencias de machismo cotidiano de las mujeres, la reacción nos sorprendió. Aunque lo iniciamos desde el convencimiento de que necesitábamos un espacio mediático donde abordar un machismo hasta ese momento más invisible, también para los medios, la respuesta fue enorme. Desde el comienzo recibimos cientos de testimonios de mujeres contando todo tipo de experiencias en todo tipo de contextos. Muchísimas bordeaban la violencia sexual y el acoso o bien tenían que ver con el sexo como forma de control y crítica hacia las mujeres. En 2017, justo unos meses antes de que estallara el #MeToo, lanzamos el vídeo #Amítambién, en el que varias mujeres conocidas o en puestos relevantes de la política, la cultura, el deporte o la ciencia relataban en primera persona algunas de sus experiencias de machismo cotidiano. Miles de mujeres reaccionaron compartiendo sus propios testimonios.

En medio de todo ese contexto generado en los últimos años, las denuncias por violencia sexual han experimentado un aumento: entre 2012 y 2018 subieron un 60 por ciento, aunque el mayor crecimiento se produjo justo desde 2016, el año de la violación de La Manada. Las expertas creen que este efecto de ruptura colectiva del silencio y la toma de conciencia puede estar detrás de que las mujeres detecten y denuncien más de lo que lo hacían antes. Los medios de comunicación han incorporado a sus agendas las violaciones y el acoso como un tema recurrente, aunque la forma en que lo hacen aún deja en muchos casos dudas y críticas.

El fenómeno tiene, sin duda, efectos positivos, pero también otros perversos. En 2018, la investigadora Nerea Barjola publicó *Microfísica sexista del poder*, un libro en el que hace una revisión crítica y feminista del caso de las niñas de Alcásser. Barjola sostiene que Alcásser se contó «reproduciendo todo el rato significados profundamente